

ELEGIA TERCERA

A Miguel Hernández

QUIERO aprender lecciones de la fuente;
la pena de vivir tornar en canto,
en manar suficiente.
Fecundo ser sobre el inútil llanto.

El tiempo triste, en turbia lejanía
vuelve su oscura y rechinante noria.
No es un estéril cielo la elegía;
sí la patria mejor de la memoria.

Tu elegía, Miguel, son los sembrados,
el agrio yermo, el olivar hirsuto.
Los llevaban tus ojos reflejados
en su cielo absoluto.

Esta tierra de España, dolorida
como un vientre parido de tristeza,
hermosamente canta por su herida
tu hombría de los pies a la cabeza.

Resoles, moreneces de aceituna,
riscos cabrales, encendido huerto,
en silencioso llanto, luna a luna,
madurando fecúndanse de muerto.

Fecúndanse de tí, que fuiste un día
queriendo levantar hombres y montes,
queriendo dar a luz la poesía,
la fe, los horizontes.

Levantabas los ojos con un peso
de heróico sol. Mirabas hondamente.
Llevabas el destino como un beso
fatal sobre la frente.

Se pudo presentir, porque tenías
el corazón como desnudas rosas
bajo escarcha de ajenas cobardías
volcado como amor sobre las cosas.

Naciste de la tierra y la cantabas
tal la canta el olivo, tal el sauce;
como la canta por las sierras bravas
el río en el sonar hondo del cauce.

Tu verso está en la encina y en el agua,
en el crujir del pegujal reseco.
Arde en la sangre como oculta fragua.
Le responde la vida como un eco.

Le responde la vida y la muerte lo embebe
hasta la sed más honda de los huesos.
Sobre la patria que pisaste llueve
tu voz como agua en hontanares presos.

Y cae con un destino de paloma
herida, sobre el campo, y lo enaltece.
Lo dora como el sol de loma en loma.
Tu voz que crece y crece.

Tu voz de par en par, igual que el alba
inaugurando soles y verdades;
encendiendo el temblor, la palabra que salva;
levantando ciudades.

Desde la ósea raíz de tus talones
al imborrable cielo de tu frente
de hombría y dignidad dando lecciones
era tu vida como heróico puente.

Tu corazón al verso le ponía
una sangre tan clara y luminosa
que quema en ascua y sol tu poesía
y alumbra generosa.

Ya no quiero llorar frente a las olas
que mojaron tu infancia de cabrero
que arrullan, cerca de tus huesos, solas,
tu muerte de poeta verdadero.

Vamos a ser, Miguel, igual que el trigo
que el llanto y el sudor sazona y grana,
y aquél que de tu gloria fué testigo
multiplique su fe cada mañana.